



*Y. Zaragoza*

les y lo era por lo mismo preciso ocurrir á sus sentimientos de hombre y de mexicano, y pensar en la causa que se le que-  
ria hacer defender. Aquellos sentimientos no podian consi-  
derarse la pasiva obediencia al gobierno arbitrario é inmor-  
tal que habia usurpado el poder público de su país. Zaragoza no  
debía, no podía servir á ese gobierno; aguardaba una oportu-  
nidad para alistarse en las filas de los que lo combatían, y  
esa oportunidad se le presentó con el pronunciamiento de  
Monterrey desconociendo la administración de Santa-Anna.

No bien tuvo lugar este feliz suceso, que tanto contribuyó  
en la caída de aquel tirano, cuando su digna madre, que vivía  
en Monterrey, mandó á uno de sus hijos que violentamente fue-  
ra á Ciudad Victoria, en donde se encontraba el capitán su  
hermano en el batallón que daba guarnición en aquella ciu-  
dad, para que le impulsara de lo acaecido, y le manifestara  
que ni por un momento más siguiera en las filas de

**E**L C. general Ignacio Zaragoza nació en la bahía del Es-  
píritu Santo (Tejas) el 24 de Marzo de 829. Fueron sus padres  
el capitán Miguel G. Zaragoza, que se encontraba destinado  
en aquel lugar por el Gobierno mexicano, y la señora D<sup>a</sup> Ma-  
ría de Jesus Seguin. Recibió su primera educacion en Mata-  
moros y la continuó en Monterey, capital del Estado de Nue-  
vo-Leon, en donde comenzó tambien la secundaria en el  
Colegio Seminario de aquella ciudad. Poco inclinado á las  
únicas profesiones á que se podía aspirar con los estudios que  
se tenían en aquel colegio, que eran las de la Iglesia y del  
foro, abandonó la carrera y siguió á su padre, quien fué des-  
tinado en Zacatecas. Separado de la carrera militar su referido  
padre, regresó con la familia á Monterey, en donde su hijo  
Ignacio se dedicó al comercio.

Comenzaron despues á levantarse las milicias cívicas ó  
guardias nacionales, y Zaragoza, por su propia inclinacion,  
fué uno de los primeros que con gusto se apresuraron á ins-  
cribir. Sus compañeros de guardia nacional le nombraron  
sargento primero; pero la carrera militar de Zaragoza dió  
principio en 1853, que por disposicion del gobierno absoluto  
de Santa-Anna, se levantaron milicias activas en Nuevo-Leon.  
Zaragoza marchó en una de esas compañías para Tamaulipas  
con el empleo de capitán.

Desde entonces tuvo ya deberes que llenar: habia consa-  
grado sus servicios á la patria; empuñaba las armas naciona-

les, y le era por lo mismo preciso ocurrir á sus sentimientos de hombre y de mexicano, y pensar en la causa que se le quería hacer defender. Aquellos sentimientos no podían consultarle la pasiva obediencia al gobierno arbitrario é inmoral que había usurpado el poder público de su país. Zaragoza no debía, no podía servir á ese gobierno; aguardaba una oportunidad para alistarse en las filas de los que lo combatían, y esa oportunidad se le presentó con el pronunciamiento de Monterey desconociendo la administración de Santa-Anna.

No bien tuvo lugar este feliz suceso, que tanto contribuyó en la caída de aquel tirano, cuando su digna madre, que vivía en Monterey, mandó á uno de sus hijos que violentamente fuera á Ciudad Victoria, en donde se encontraba el capitán su hermano en el batallón que daba guarnición en aquella ciudad, para que le impusiera de lo acaecido, y le manifestara que ni por un momento más siguiera en las filas de aquel odiado gobierno, que le obligaría á combatir en contra de sus hermanos y de la buena causa que éstos defendían.

Zaragoza no vaciló: abrigaba las mismas convicciones, y de acuerdo con dos ó tres de sus compañeros, espresó con dignidad sus intenciones á su coronel, tratando de convencerlo, y diciéndole que era invariable su resolución, así como ineficaz toda resistencia de su parte, supuesto que, como sabía, contaba con el aprecio de la tropa, que también quería correr la suerte de sus paisanos los nuevoleonenses. El coronel se opuso, pero no pudo impedir que al siguiente día, 30 de Mayo de 855, Zaragoza se pusiera en marcha para la mencionada ciudad de Monterey, con algunos oficiales y 113 hombres más que le acompañaron.

Su recepción en todo el Estado de Nuevo-León sirvió de augurio á los triunfos que se esperaban, y avivó el entusiasmo en favor de la causa proclamada. Recursos, hombres, armas, todos aprestaban en aquel Estado lo que tenían, y aunque faltos de disciplina y de hábitos militares, los nacionales formaron en breves días, un grupo de hombres que marchaban llenos de fé, á combatir las selectas tropas que tenía Santa-Anna en Matamoros al mando del siempre déspota y no bastantemente odiado francés Adrian Woll.

Distantes ya más de sesenta leguas, se tuvo noticia que una fuerte brigada se aproximaba por el camino del interior para ocupar á Monterey. Con la velocidad posible regresaron aque-

llas fuerzas, y siguiendo hasta el Saltillo, vencieron allí el 23 de Junio del mismo año, á esa orgullosa brigada, que contaba con un seguro é indefectible triunfo. Sobre el campo de batalla recibió Zaragoza en esta primera función de armas, el grado de coronel, debido á la serenidad y al valor que desplegó en lo más crítico y comprometido del ataque.

Zaragoza emprendió después algunas marchas con su cuerpo, bien para el interior, ó ya para la frontera amagada de filibusteros, captándose siempre el aprecio de todos, y el respeto además de sus subordinados.

Derrocado el gobierno de Santa-Anna y establecido el constitucional del general Comonfort, se espidió el célebre Estatuto conocido con el nombre de Lafragua, que como es bien sabido, no se recibió bien en esta capital, ni mucho menos en los Estados. El de Nuevo-León y Coahuila fué el que más manifestó una abierta oposición. Fuerzas de Tamaulipas y del interior, marcharon por orden de aquel gobierno en combinación para Monterey. Las primeras se anticiparon, y á una jornada de distancia de esta ciudad, derrotaron completamente el 30 de Setiembre de 856 á la única fuerza que había quedado en el Estado, por encontrarse la demás en las villas del Norte de Tamaulipas sobre Camargo.

Una comisión había llevado á Zaragoza á Monterey cuando se sufrió aquella derrota. Ni un solo soldado había en la plaza, que al siguiente día debía ser ocupada por los tamaulipecos. Zaragoza convocó al pueblo para la Ciudadela, llamada así en Monterey á unas paredes situadas al Norte de la población, comenzadas á levantar para fabricar un templo, y agrupados allí varios ciudadanos, resolvieron resistir.

El jefe de las fuerzas de Tamaulipas, respetando la temeraria empresa de estos ciudadanos, les intimó rendición antes de atacarlos, fijándoles un término perentorio. Zaragoza escribió por toda respuesta estas cuatro palabras: "Desde luego puede V. comenzar sus operaciones militares."

La resistencia fué fructuosa: en tres días no pudo ser tomada aquella débil y casi insignificante posición, cuyos parapetos y otras obras de defensa habían sido en su mayor parte destruidos, y las fuerzas sitiadoras fueron casi derrotadas á la llegada de las de Nuevo-León, que levantaron á la vez el campo sobre Camargo y volaron en defensa de Monterey.

Se encontraba Zaragoza en México como particular, cuan-

do el Presidente de la República, general Ignacio Comonfort, dió en 17 de Diciembre de 857 el golpe de Estado de funesta recordacion. Separado el mismo Comonfort de los sublevados por virtud de la aclaracion que estos hicieron, desconociéndolo el 11 de Enero del siguiente año, Zaragoza con media docena de fronterizos, entre quienes figuraba el actual Ministro de la Guerra, C. Miguel Blanco, y algunos particulares que se le reunieron, ocupó y defendió la iglesia de San Pedro y San Pablo, en donde permaneció hasta última hora, dejando el puesto porque así se le previno, despues que todo se habia perdido. México fué testigo de lo que impusieron á los pronunciados los certeros tiros de aquel puñado de valientes.

Salió Zaragoza con el general Comonfort; pero despues de la defeccion de la tropa que llevaba este general, y persuadido que ninguna resistencia se haria con la que le quedaba, regresó á México para volver á su Estado, en donde no tenia duda que se combatiría vigorosamente en defensa del orden constitucional. Así lo hizo, no sin gran peligro de ser aprehendido en su tránsito, como en efecto lo fué por una partida de pronunciados; pero afortunadamente no se le conoció, y se le puso en libertad, creyéndolo comerciante.

Antes de llegar á Querétaro fué asaltada la diligencia por unos ladrones: Zaragoza, con gran sorpresa de sus compañeros de viaje que no le conocian ni sabian que fuese armado, hizo uso de su pistola que llevaba al cinto, hirió en la cabeza á uno de los ladrones, y como á la vez tambien su criado que iba en el pescante, hizo uso de otra pistola, los salteadores intimidados emprendieron su fuga, dejando tirado al herido, quien murió á los pocos momentos de haber llegado la diligencia á Querétaro.

En Abril del mismo año volvió á presentarse en el interior mandando un cuerpo de infantería del Estado de Nuevo-Leon. Con él cooperó de una manera principal en 27 de aquel mes, á la ocupacion de la fuerte plaza de Zacatecas, y de la de San Luis en 30 de Junio del mismo año, defendidas ambas plazas por fuerzas considerables y arregladas, que reconocian al llamado gobierno que emanó del pronunciamiento de Tacubaya.

Antes de esto, cuando unos centenares de rifleros mandados por el esperto, activo y valiente cuanto infortunado general Zuazua, causaron considerables daños é hicieron dispersar el 17 de Abril en el puerto de Carretas á una gran

parte de la division que á las órdenes de Miramon se dirigia para San Luis, fueron hechos prisioneros unos cuatro oficiales muy subalternos, entre ellos un jóven alumno del Colegio Militar, de muy corta edad. Zuazua, obsequiando las terminantes órdenes que tenia, determinó que fuesen pasados por las armas, y los consignó á Zaragoza para que ordenara la ejecucion.

Zaragoza no se habia encontrado en el combate: estaba con el batallon de su mando en la ciudad del Venado á unas siete leguas del cuartel general. Como soldado, contestó por oficio lo que le prevenia la subordinacion: "Cumpliré la órden," dijo, y á las veinticuatro horas, segun V. me lo previene, serán pasados por las armas los oficiales que me consigna;" pero en carta particular que tengo en mi poder, de fecha 21 de Abril de aquel año (858), le decia: "De conformidad con la órden de V. de ayer, han sido puestos en capilla los cuatro oficiales prisioneros que vinieron de ese punto; pero francamente le diré, que me ha puesto V. en el fuerte compromiso de ser el primer gefe de la frontera que haga ejecuciones á sangre fria, con la circunstancia desfavorable para mí, de que yo no concurrí á la gloriosa funcion de armas que V. tan bizarramente ha sostenido. Considere V. mi situacion.... Ellos,—los oficiales prisioneros—están recibiendo los auxilios espirituales: han muerto ya, crealo V..... Han sufrido mas que la misma muerte, y yo me intereso en cuanto pueda valer, por que se perdonen. Estos mismos sentimientos he notado en muchos de mis compañeros." Firmada esta carta, que está escrita por su escribiente, puso de su propia letra este aumento que marca los sentimientos de la grande y á la vez generosa alma que poseia. "Seamos fuertes y terribles en el combate; pero despues, que admiren nuestra humanidad los enemigos que no nos conocen.—Zaragoza."

Zuazua consideró estas justas razones, y yo mismo hice regresar violentamente el extraordinario con la revocacion de la órden. Así se libertaron aquellos cuatro oficiales, que lo fueron el teniente Miguel Alvarez y los subtenientes Mariano Aparicio, Lorenzo Picazo y Manuel Marin.

Durante la permanencia de las fuerzas constitucionales en San Luis Potosí, por varias veces Zaragoza espresó al general en gefe su impaciencia por continuar con actividad la campaña; y mas principalmente cuando Miramon regresaba

de Guadalajara no bien librado del combate de Atenquique, instó porque se le mandara á reforzar al coronel Aramberri, que se habia avanzado con su regimiento de Rifleros á Guanajuato, y por que se les permitiera presentar accion en forma á Miramon. Tenemos, decia, en un evento desgraciado, nuestra segura retirada á esta plaza, que por ahora, no se atreverá á atacar Miramon con las fuerzas que trae. Las combinaciones de Zuazua, según las instrucciones recibidas, eran otras, y por esto se ordenó aun al mismo Aramberri, que se replegara al cuartel general, y no se obsequiaron los deseos de Zaragoza.

Cerca de tres meses estuvo aquel ejército en San Luis, de donde retrocedió en Setiembre, al aproximarse el que habia organizado el mismo Miramon para combatirlo. Su general en jefe, que ya no lo era Zuazua sino D. Santiago Vidaurri, resolvió tomar posiciones en la Parada y Ahualulco, en donde tuvo lugar la completa derrota que sufrió el 29 del mismo mes. Zaragoza desde la tarde del dia anterior, que el enemigo se avistó amagando las posiciones ocupadas por el ejército constitucional por distinto rumbo al que, en los dos dias anteriores habia procurado atacar, manifestó con la modestia que le caracterizaba, lo oportuno que seria salir al encuentro del enemigo antes que formara su campamento, y batirlo por su izquierda cuando él comenzaba á hacerlo á la misma ala del nuestro. Un movimiento que emprendió el mismo Zaragoza con su cuerpo, hizo creer que en efecto así se iba á verificar; pero despues, contramarchó por orden superior, y todo siguió en el mismo estado, hasta el siguiente dia que se consumó la derrota. A Zaragoza se le colocó en la derecha, en donde permaneció hasta la conclusion con solo dos compañías, porque de las otras se habia dispuesto para reforzar el centro, y con ellas emprendió su retirada, salvando la artillería que tenia, y que fué la única que escapó en aquella malhadada accion.

Organizado nuevamente en Monterey un regimiento de Rifleros, salió éste á la campaña á las órdenes del teniente coronel Quiroga, quien incorporado con las fuerzas de Zacatecas, derrotó en Rincon de Romos una brigada que mandaba D. Joaquin Miramon. Zaragoza estaba ya en camino para tomar el mando de aquellas fuerzas, que en efecto se pusieron á sus órdenes tan luego como se presentó.

A la vez se proyectó tambien en Michoacan obrar de acuerdo con las fuerzas del Norte, y una brigada al mando del general Iniestra, con algunos restos de las fuerzas de Jalisco con que se habia retirado el general Degollado, se dirigió á Leon, y lo ocupó á viva fuerza. Perseguida en seguida por el general Liceaga, emprendió su retirada hasta incorporarse con las fuerzas de Zaragoza.

Desde este momento, de acuerdo con el general Iniestra, resolvió volver violentamente á Leon sobre el enemigo, que si no contaba con fuerzas superiores en número, sí en organizacion y disciplina. El mismo se puso á la cabeza de los rifleros que iban á la vanguardia, y despues de un ligero tiroteo con las avanzadas del enemigo, éstas con el grueso de la fuerza, emprendieron para Silao su retirada.

Al siguiente dia continuó Zaragoza su avance con el mismo orden; y desde esta última poblacion hasta Guanajuato, la persecucion fué tan activa y tenaz, que por mas de una vez creyó que contendria su marcha el enemigo y lo obligaria á presentar accion, dando tiempo á que se le reuniera la infantería y artillería, que no era posible hacer caminar al paso de los rifleros.

Lances hubo durante esta pertinaz persecucion de sumo compromiso para los rifleros y demas partidas de caballería que les acompañaban, y para el mismo Zaragoza, que casi siempre á la vanguardia, se esponia á los fuegos del enemigo, mas cuando éste se empeñó en no dejar una pieza de artillería que no podia seguir por haberse descompuesto su montaje, y cuya pieza era sucesivamente tomada y abandonada por las fuerzas de Zaragoza, hasta quedar en su poder.

No conseguido el objeto de detener al enemigo antes de que ocupara á Guanajuato, le fué preciso, de acuerdo con el general Iniestra, atacarlo en las posiciones que él mismo eligió. La precision con que correspondieron al buen éxito de las operaciones, las disposiciones que dictó, fueron elogiadas por todos los que presenciaron ese importantísimo ataque. "Tendrán— dijo al coronel la Barra, despues de preguntarle la hora que era, y cuando el enemigo se manifestaba mas orgulloso creyéndose seguro en sus posiciones, y para cuyo ataque acababa de hacer marchar las fuerzas convenientes— "tendrán " en la casa de diligencias que prepararnos una segunda " mesa para servirnos el almuerzo; pues no podremos ocupar